

sentir trabajos ni nuestros generales, ni nuestros oficiales, ni nuestros soldados en fin.

Napoleon se apresuró á enviar aquella misma noche varios oficiales á los mariscales Davout y Ney para que los trajesen hácia allí, el uno por la derecha y el otro por la izquierda; y como Davout, que había ido siguiendo el Alla hasta Bartenstein, solo distaba tres ó cuatro leguas, contestó que al amanecer llegaría hácia la derecha de Eylau (derecha tambien del ejército francés) dispuesto á caer contra los rusos por el flanco. El mariscal Ney, que se había dirigido hácia la izquierda con el objeto de mantener á los prusianos á cierta distancia, y poder caer sobre Königsberg, si los rusos iban á parar detrás del Pregel, marchaba hácia Krentzburgo, por manera que no había seguridad de que llegase á tiempo al campo de batalla.

Privado, pues, el ejército francés del cuerpo de Ney, ascendía cuando mas á cincuenta y tantos mil hombres, aunque los rusos dicen al narrar los hechos que se componian de ochenta mil, y un historiador francés, digno de crédito, por lo regular sostiene que era de sesenta y ocho mil (1). El cuerpo del mariscal Davout, cuyo número vivo y efectivo en Awerstaedt era de veinte y seis mil hombres, disminuido notoriamente de resultas de los combates que se dieron despues, las enfermedades, la última marcha desde el Vistula hasta Eylau, y los destacamentos que se dejaron en el

(1) Al ver las falsas aseveraciones de historiadores extranjeros y franceses, no nos atreveríamos á afirmar semejante verdad, si no se apoyase en documentos auténticos.

Narew, se componía de unos quince mil hombres. El cuerpo del mariscal Soult, que era el mas numeroso de todo el ejército, reducidísimo igualmente, con la disenteria, las marchas y los combates dados á retaguardia, solo podia calcularse en diez y seis ó diez y siete mil hombres. El del mariscal Augereau, disminuido de una multitud de rezagados y merodeadores que se habían dispersado para mantenerse, solo contaba en el bivac de Eylau, la noche del 7 de febrero, de seis á siete mil. La guardia, mejor tratada y mas contenida por la disciplina, á nadie dejó atrás, pero con todo ascendía únicamente á seis mil hombres; y por último, la caballería de Murat, compuesta de una division de coraceros y de tres de dragones, no presentaba en las filas arriba de diez mil ginetes. Componíase, pues, el total de las fuerzas de cincuenta y tres á cincuenta y cuatro mil combatientes, capaces de todo, es verdad, pero agoviados de fatiga, y acosados del hambre: ahora si el mariscal Ney llegaba á tiempo, era muy posible oponer al enemigo sesenta y tres mil hombres sin que pudiera contarse con el cuerpo de Bernadotte que se hallaba á treinta leguas de distancia.

Napoleon que aquella noche apenas durmió tres ó cuatro horas sobre una silla en la casa de postas, colocó el cuerpo del mariscal Soult en Eylau, parte en lo interior, y parte á derecha é izquierda de la poblacion, el de Augereau y la guardia imperial algo detrás, y toda la caballería en las alas, esperando fuese de dia para tomar sus disposiciones.

El general Benningsen se decidió al fin á dar la batalla, y se hallaba en una llanura, ó poco me-

nos, terreno excelente para sus peones, poco maniobreros pero sólidos, y para su caballería bastante numerosa. La artillería gruesa, que tuvo que dar un rodeo para no embarazar sus movimientos, acababa de reunirsele, y aquel era un refuerzo de mucho precio. Además, se veía tan perseguido, que tuvo que interrumpir su marcha, para hacer frente á los franceses, y como un ejército que se bate en retirada, necesita llevar alguna delantera para poder dormir y comer; como también es preciso no tener al enemigo demasiado cerca, porque sufrir un ataque cuando se va de camino, y con la espalda vuelta, es el medio peor de recibir una batalla, siendo lo mas prudente escoger terreno y pararse para pelear, esto es precisamente lo que resolvió el general Benningsen el 7 por la noche. Hizo, pues, alto mas allá de Eylau decidido á sostener una lucha encarnizada con su ejército, que ascendía á setenta y ocho ú ochenta mil, y á noventa mil con los prusianos.

Cuando empezaron de nuevo las hostilidades, perdieron bastante gente en los últimos combates, pero muy poca en las marchas, porque un ejército que se retira sin ser derrotado se reúne con el impulso que le da el enemigo que le va persiguiendo, al paso que el ejército perseguidor, como no tiene los mismos motivos para estrechar sus filas, siempre deja atrás parte de su gente. Rebajadas las pérdidas que el ejército del general Benningsen sufrió en Mohrunen, Bergfried, Waltersdorf, Hoff, Heilsberca y Eylau (1) puede decirse

(1) Los rusos perdieron	
En Mohrunen. . . . .	1,500 hombres.
En Bergfried. . . . .	1,000

que él estaba reducido á cerca de ochenta mil hombres, setenta y dos mil de los cuales eran rusos y ocho mil prusianos; por manera que mientras no llegasen el general Lestocq y el mariscal Ney, iban á batirse setenta y dos mil rusos contra cincuenta y cuatro mil franceses. Los rusos tenían además una artillería formidable, que podía calcularse en cuatrocientas ó quinientas bocas de fuego, y la nuestra subía cuando mas á doscientas, inclusa la de la guardia, si bien es verdad que era superior á todos los trenes de artillería que entonces habia en Europa, sin esceptuar el de los austriacos. El general Benningsen se decidió, pues, á emprender el ataque así que amaneciese, debiendo nosotros añadir para que se comprenda la diferencia entre rusos y franceses, que el carácter de los primeros era enérgico, tan enérgico como el de los segundos, pero obraban impulsados por otros móviles. En los rusos no se notaba esa confianza en el triunfo ni ese amor á la gloria, que se veía en los franceses, sino cierto fanatismo en obedecer, que los animaba á arrostrar la muerte á ciegas. En cuanto á la dosis de inteligencia que habia en unos y en otros, no es necesario decir cuanto se diferenciaban.

Así que desembocamos hácia el Eylau, el país se presentó á nuestra vista llano y descubierto, siendo el único punto saliente del terreno la población, situada en una alturilla, y dominada por

En Waltersdorf. . . . .	5,000
En Hoff. . . . .	2,000
En Heilsberga. . . . .	1,000
Y en Eylau. . . . .	500
Total. . . . .	9,000 hombres.

una torre gótica. A la derecha de la iglesia inclinábase un poco el suelo, viéndose allí un cementerio, y al frente subía bastante, formando algunos repechos, ocupados ya por los rusos en masa. Varios lagos, llenos de agua en la primavera, secos en el verano, helados en el invierno, y cubiertos en la actualidad de nieve, no se distinguían en manera alguna del resto de la llanura, y apenas formaban un punto de apoyo ó un obstáculo en aquel melancólico campo de batalla, algunas casas de campo reunidas en forma de lugarejos, y algunos apriscos de ganado hechos con madera, un cielo pardusco, del que de vez en cuando se desprendían espesos copos de nieve, aumentaba la tristeza de aquellos sitios, tristeza que se apoderó de la vista y los corazones, así que con el auxilio del día sumamente tardío en aquella estación, pudo verse los objetos.

Los rusos estaban formados en dos líneas muy inmediatas, cubriendo el frente con trescientas bocas de fuego, que habían sido colocadas en las partes salientes del terreno. Detrás, dos columnas cerradas apoyaban como si fuesen dos arcos torales aquella doble línea de batalla, estando destinadas al parecer á sostenerla y á impedir que se doblegase con el choque de los franceses. Una fuerte reserva de artillería, estaba situada á cierta distancia; parte de la caballería se hallaba detrás y parte en las alas, y los cosacos por lo regular andaban diseminados, formaban aquella vez en el cuerpo mismo del ejército. Era evidente, pues que los rusos querían oponer en aquel terreno descubierto á la energía y destreza de los franceses, una masa compacta, protegida hácia

su frente por una numerosa artillería, y fuertemente sostenida por detrás, una verdadera muralla en fin que lanzase sobre nosotros una lluvia de balas. Napoleón á caballo desde el amanecer, se situó en el cementerio que hay á la derecha de Eylau, y desde allí apenas protegido por algunos árboles, veía perfectamente la posición de los rusos, quienes formados ya en batalla, rompieron el fuego de cañon, siendo fácil preveer que la artillería iba á ser el arma que mas jugase en aquella jornada terrible.

Gracias á la posición de Eylau que se alargaba frente á los rusos, Napoleón podía dar menos profundidad á su línea de batalla, con lo cual se conseguía presentar menos bulto á los disparos de la artillería. En consecuencia, colocó en Eylau dos divisiones del mariscal Soult, esto es, la de Legrand por delante y algo á la izquierda, y la de Leval, parte á la izquierda de la población en una altura donde había un molino, y parte á la derecha, en el cementerio mismo. La tercera división de Soult, es decir la de Saint-Hilaire, se situó mas á la derecha todavía, á bastante distancia del cementerio, en la aldea de Rothenen, que era hasta donde se prolongaba la posición de Eylau. En el hueco que quedaba entre Rothenen y Eylau, y por donde debía desembocar el resto del ejército, se mantenía algo detrás el cuerpo de Augereau, formado en dos líneas, y compuesto con las divisiones de Desjardins y Hendlot. Augereau, atormentado por la calentura, con los ojos encendidos, pero olvidando sus padecimientos al oír el ruido del cañon, montó á caballo y se puso al frente de sus tropas. Todavía mas detrás de

aquel mismo boquete, se hallaban la infantería y la caballería de la guardia imperial, las divisiones de dragones y las de coraceros, dispuestas tanto unas como otras á presentarse al enemigo por el mismo punto y resguardadas entre tanto de los cañonazos, gracias á un hundimiento del terreno. Por último, en el extremo derecho de aquel campo de batalla, mas allá y por delante de Rothenen, y en el lugarejo de Serpallen, debia entrar en accion el cuerpo del mariscal Davout con el objeto de coger á los rusos por el flanco.

De consiguiente Napoleon formó con el menos espesor posible su línea, la cual tenia la ventaja de estar cubierta á la izquierda con los edificios de Eylau, y á la derecha con los de Rothenen, siendo mucho menos temible para él, que para los rusos el combate de artillería con que queria derribar la especie de muralla que le oponian los enemigos. Así, pues, mandó sacar de los cuerpos y colocar en batalla todas las bocas de fuego del ejército agregando á ellas las cuarenta piezas que tenia la guardia, porque querian contestar á la formidable artillería de los rusos con otra muy inferior en número, pero muy superior en habilidad.

Ya hemos dicho que los rusos empezaron el fuego, y ahora añadimos que los franceses contestaron casi al instante con un violento tiroteo, ejecutado á medio tiro de cañon, de suerte que la tierra temblaba con aquel ruido espantoso. Los artilleros franceses, como no solo eran mas diestros, sino que disparaban contra una masa de carne, causaban horribles destrozos, llevándose por delante nuestras balas filas enteras. Las balas de

los rusos por el contrario, arrojadas con menos puntería, y dando como daban contra edificios, no nos causaban tanto daño como el que sufría el enemigo; pero no tardó en prenderse fuego á Eylau y á Rothenen, añadiéndose el horror del incendio al de la matanza. Aunque caian menos franceses que rusos, caian sin embargo muchos, sobre todo en las filas de la guardia imperial que permanecía inmóvil en el cementerio; los proyectiles pasaban por encima de la cabeza de Napoleon, y algunas veces bien cerca de él y atravesaban las paredes de la iglesia ó desgajaban las ramas de los árboles, á cuyo pie se habia situado para dirigir la batalla.

Duraba hacia ya mucho tiempo el tiroteo de cañon y ambos ejércitos lo sufrían con heroica tranquilidad, sin hacer ningun movimiento, y limitándose á estrechar las filas á medida que el fuego iba dejando en ellas algun vacío, cuando se notó en los rusos una especie de impaciencia (1). Deseando acelerar el resultado con la toma de Eylau pusiéronse en movimiento, para ver de apoderarse de la posicion del molino situado á la izquierda de la poblacion; parte de su derecha se formó en columna, y vino á atacarnos, pero la division de Leval, compuesta de las brigadas de Frey y Viviés, la rechazó valerosamente, demostrando á los rusos con su actitud que no tendrían mejor éxito sus esfuerzos si intentaban un segundo ataque.

En cuanto á Napoleon, no queria hacer ningun movimiento decisivo, por no comprometer, si lo

(1) Expresion que usa Napoleon al contar la batalla.

dirigia hácia delante, al cuerpo del mariscal Soult, que bastante hacia con mantenerse firme en Eylau bajo un espantoso fuego de cañon, y por no aventurar ni á la division de Saint-Hilaire, ni al cuerpo de Augereau contra el centro del enemigo, pues esto hubiera sido lo mismo que esponerlos á estrellarse contra una muralla de fuego. Aguardaba, pues, para obrar á qué el mariscal Davout, cuyo cuerpo iba á llegar por la derecha, acometiese á los rusos por el flanco.

El espresado lugarteniente, tan exacto como intrépido, llegó en efecto á la aldea de Serpallen yendo á la cabeza la division de Friant, la cual se encontró con los cosacos al tiempo de desembarcar; pero logró alejarlos y ocupó la aldea por medio de algunas compañías de infantería ligera. Apenas se habia situado en ella y en los terrenos que hay en la derecha, cuando una de las masas de caballería que estaban colocadas en las alas del ejército ruso, se separó del grueso para venir contra ella: el general Friant, valiéndose con tanta inteligencia como sangre fria de las ventajas que le ofrecia la casualidad de los sitios, formó los tres regimientos del que entonces se componia su division, detras de las largas y fuertes barreras de madera que servian para apriscos de ganado, y resguardado con aquella trinchera natural, hizo un fuego de fusilería á boca de jarro contra los escuadrones rusos, obligándolos á retirarse. Replegaronse efectivamente, pero no tardaron en volver acompañados de una columna de nueve á diez mil infantes: aquella era una de las dos columnas cerradas que servian de arcos torales á la linea de batalla de los rusos, y que se dirigia á la izquier-

da de dicha linea para recobrar á Serpallen. El general Friant solo tenia á sus órdenes unos cinco mil hombres, pero siempre resguardado detras de las barreras de madera con que se habia cubierto, y pudiendo como podia desplegarse sin temor de que le cargase la caballería, acogió á los rusos con un fuego tan bien nutrido y certero, que les causó una pérdida considerable. Sus escuadrones quisieron cogerle la vuelta, pero formó en cuadro sobre su derecha el regimiento 33, y los contuvo con la firmeza de sus peones: luego viendo que no podia valerse de su caballería, la cual consistia en algunos cazadores de á caballo, empleó en su lugar una nube de tiradores, que aprovechándose con destreza de las menores quiebras del terreno, fueron á hacer fuego contra los rusos por los flancos, obligándolos á retirarse hácia las alturas que hay detras de Serpallen, entre el mismo Serpallen y Klein-Sausgarten. Al retirarse hácia aquellas alturas, cubriéronse los rusos con una numerosa artillería, cuyo penetrante fuego era por desgracia muy mortífero. A todo esto, la division de Morand llegó á su vez al campo de batalla, y apoderándose el mariscal Davout de la primera brigada, esto es de la que mandaba el general Ricard, fué á colocarla mas allá y á la izquierda de Serpallen; en seguida situó la segunda, compuesta de los regimientos número 31 y 61, á la derecha de la aldea, de modo que pudiera sostener ó á la brigada de Ricard ó á la division de Friant. Dirigióse esta á la derecha de Serpallen, hácia Klein-Sausgarten, precisamente en el mismo momento en que la division de Gudin forzaba el paso para entrar en linea, de suerte que

gracias al movimiento de nuestra derecha, tuvieron los rusos que replegar su izquierda de Serpallen hácia Klein-Sausgarten.

Habíamos conseguido, pues, lo que esperábamos en el flanco del ejército enemigo, y Napoleón que desde la posición que ocupaba vió perfectamente que la reserva rusa se dirigia hácia el cuerpo del mariscal Davout, conoció había llegado la hora de obrar, pues de no intervenir, podían arrojarse los rusos en masa sobre el mariscal Davout, y destruirlo enteramente. Dió, pues, órdenes al instante, mandando á la division de Saint-Hilaire, que se hallaba en Rothenen, que se dirigiese hácia delante, para darse la mano hácia Serpallen con la division de Morand, y á las divisiones de Desjardins y Hendelet del cuerpo de Augereau, que desembocasen por el hueco que quedaba entre Rothenen y Eylau, ligasen sus operaciones con las de la division de Saint-Hilaire, y formasen todas juntas una línea oblicua desde el cementerio de Eylau hasta Serpallen. Aquel movimiento debia tener por resultado arrollar á los rusos, derribando la izquierda sobre el centro y echar por tierra, empezando por la estremidad, la larga muralla de hombres que teníamos delante.

Serian las diez de la mañana, cuando el general Saint-Hilaire, se puso en movimiento, dejando á Rothenen, y desplegándose oblicuamente en la llanura, bajo un fuego terrible de artillería, dando la derecha á Serpallen, y la izquierda al cementerio. Casi al mismo tiempo se puso tambien en movimiento Augereau, no sin presentir tristemente la suerte que iba á caer á su cuerpo de

ejército, espuesto á estrellarse contra el centro de los rusos, que estaba sólidamente apoyado en varios repechos. Mientras que el general Corbineau lo trasmitia las órdenes del emperador, una bala de cañon atravesó el costado á aquel valiente oficial, primogénito de una familia de héroes; pero el mariscal Davout se puso inmediatamente en marcha desembocando las divisiones de Desjardins y Hendelet entre Rothenen y el cementerio, en columnas cerradas. Así que pasaron el desfiladero, formáronse en batalla, desplegada la primera brigada de cada division, y la segunda en cuadro, mas al tiempo de avanzar, fué á dar de pronto en el rostro de los soldados una ráfaga de viento y nieve, impidiéndoles ver el campo de batalla. Las dos divisiones en medio de aquella nube, perdieron la direccion que llevaban, tomaron un poco á la izquierda, y dejaron á su derecha un gran espacio entre ellas y la division de Saint-Hilaire. Los rusos, á quienes incomodaba muy poco la nieve, porque les daba de espaldas, al ver que las dos divisiones de Augereau marchaban hácia los repechos en que apoyaban su centro, descubrieron de pronto una batería de setenta y dos bocas de fuego que tenian de reserva, siendo tan espesa la metralla que vomitaba aquella temible batería, que en un cuarto de hora quedó por tierra la mitad del cuerpo de Augereau. El general Desjardins que mandaba la primera division, murió en el acto; el general Hendelet, que mandaba la segunda, recibió una herida casi mortal, y bien pronto quedó fuera de combate el estado mayor de ambas divisiones. Mientras sufrían aquel fuego espantoso, teniendo que rehacerse sin dejar de

marchar, de resultas de los grandes claros que quedaban en sus filas, la caballería rusa se precipitó en el espacio que les separaba de la división de Morand, y cayó sobre ellas en masa. Aquellas valientes divisiones resistieron no obstante, pero tuvieron que retroceder hácia el cementerio de Eylau, cediendo el terreno, aunque sin deshacerse, á pesar de verse acometidas una vez, y otra y otra, por una porcion de escuadrones. De pronto dejó de nevar, y se vió un espectáculo doloroso, pues de seis ó siete mil que eran los combatientes, cubrian la tierra unos cuatro mil entre muertos y heridos. Augereau, herido también, pero pensando mas que en el peligro que habia corrido, en el desastre de su cuerpo de ejército, fué llevado al cementerio de Eylau, y allí se quejó á Napoleon, no sin amargura, de que no le habian socorrido á tiempo. En el estado mayor imperial reinaba suma tristeza, y Napoleon, tranquilo y firme, é imponiendo á los demas la impasibilidad que se imponia á sí mismo, dirigió algunas palabras de consuelo á Augereau, enviándole despues á espaldas del ejército, y tomando sus medidas para ver de reparar el daño. Lanzando desde luego los cazadores de su guardia, y algunos escuadrones de dragones que tenia á mano, para atraer á la caballería enemiga, llamó á Murat, y le mandó hiciese un esfuerzo decisivo sobre la línea de infantería que formaba el centro del ejército ruso, y que aprovechándose del desastre de Augereau, empezase á avanzar hácia adelante. Apenas recibió Lannes la primera orden, acudió á galope, y Napoleon le dijo: *¿Dejarás que nos traque esa gente?*—Entonces dispuso que aquel he-

roico gefe reuniese los cazadores, dragones y coraceros, y cayese sobre los rusos con ochenta escuadrones, para intentar cuanto era dable con el impulso de semejante masa de hombres á caballo, cargando con furor á una infantería que pasaba por impenetrable. La caballería de la guardia se encaminó también hácia adelante, dispuesta á acometer al mismo tiempo que la caballería del ejército; y el momento no podia ser mas crítico, pues si no se contenia á la infantería rusa, iba á embestir contra el cementerio, que era el centro de nuestra posición, y Napoleon solo tenia para defenderlo los seis batallones de á pie de la guardia imperial.

Murat parte á galope, reúne sus escuadrones, y despues hace que pasen entre el cementerio y Rothenen, por medio de aquel mismo boquete en que fué á parar Augereau á una destruccion casi cierta. Los primeros que cargan son los dragones de Grouchy, para limpiar el terreno, y alejar de él á la caballería enemiga; pero aquel valiente general cae del caballo, levántase sin embargo, se pone á la cabeza de su segunda brigada, y consigue dispersar los grupos de ginetes que iban delante de la infantería rusa, mas para derribar á esta se necesita nada menos que los escuadrones cubiertos de hierro del general Hautpoul. Este oficial, que se distinguia por lo hábil que era en manejar mucha caballería, se presenta con veinte y cuatro escuadrones de coraceros, seguidos por todos los dragones en masa: dichos coraceros formados en varias líneas, se ponen en movimiento, y se precipitan sobre las bayonetas rusas; pero contenidas por el fuego las primeras líneas, no

penetran, y se replagan á derecha é izquierda, yendo á reformarse detrás de las que las siguen, para cargar de nuevo. Al fin una de ellas, lanzada con mas violencia, derriba por un punto á la infanteria enemiga, y abre una brecha, por la cual penetran coraceros y dragones, deseosos de anticiparse los unos á los otros. Así como un rio cuando empieza á romper un dique, no tarda en arrebatarlo, una vez rota la infanteria de los rusos por nuestros escuadrones en masa, acaba de derribar en un instante la primera línea. Entonces se dispersan nuestros ginetes para acuchillar acá y allá, trabándose una espantosa refriega entre ellos y los peones rusos: van y vienen, descargan cuchilladas en todas partes sobre aquellos obstinados peones, y mientras arrollan, ó por mejor decir, destrozan á la primera línea de infanteria, la segunda se replaga á un bosque, que se veia en el fondo del campo de batalla. Quedaba allí otra reserva de artilleria, y los rusos la colocan en batería, disparando confusamente, sobre sus soldados y los nuestros, cuidándose muy poco de que la metralla cayese contra amigos ó enemigos, con tal de libertarse de nuestros temibles ginetes. El general Hautpoul es herido de muerte por una bala con cadena, y mientras que nuestra caballeria se bate de este modo contra la segunda línea de la infanteria rusa, se incorporan algunos trozos de la primera para tirar acá y allá todavía. Al ver esto, los granaderos de á caballo de la guardia, conducidos por el general Lepic, que era uno de los héroes del ejército, se lanzan á su vez para secundar los esfuerzos de Murat, parten á galope, cargan á los grupos de infanteria que divisan en

pie, y recorriendo el terreno en todas direcciones completan la destruccion del centro del ejército ruso, cuyos restos acaban de refugiarse á los bosques que les sirven de asilo.

Durante esta escena de confusion, se separó un trozo de aquella vasta línea de infanteria, y fué avanzando hasta el mismo cementerio: tres ó cuatro mil granaderos rusos, marchando en derecha hacia adelante, con el ciego valor propio de soldados mas valientes que entendidos, van á tropezar contra la iglesia de Eylau y amenazan el cementerio que ocupaba el estado mayor imperial. La guardia de á pie, que hasta entonces habia permanecido inmóvil, sufriendo el fuego de cañon sin disparar un fusilazo, vé con júbilo la ocasion que se le presenta de poder pelear; efectivamente, mándase á un batallon que salga á recibir al enemigo, y dos se disputan la hora de ponerse en marcha, hasta que el primero por orden de antigüedad, conducido por el general Dorsenne, obtiene la ventaja de medir sus fuerzas con los granaderos rusos, á quienes se acerca sin disparar un tiro, les enviste á la bayoneta, y los arrolla unos sobre otros, mientras que al ver aquella lucha Murat, lanza sobre ellos dos regimientos de cazadores mandados por el general Bruyere. Cogidos los desgraciados granaderos rusos entre las bayonetas de los granaderos de la guardia, y los sables de nuestros cazadores, casi todos son hechos prisioneros ó muertos, á la vista de Napoleon, y á pocos pasos de él.

Esta accion de caballeria, que quizás sea la mas extraordinaria de cuantas hemos dado en nuestras grandes guerras, tuvo por resultado desva-



ratar el centro de los rusos, rechazarlo á bastante distancia. Para acabar de derrotar á una tropa que se tendía en su suelo, levantándose enseguida no sin hacer fuego, hubiera sido preciso tener á mano una reserva de infantería; pero Napoleon no se atrevia á disponer del cuerpo del mariscal Soult reducido á la mitad, y necesario para guardar á Eylau. Además, el cuerpo de Augereau estaba casi destruido, quedando únicamente de reserva los seis batallones de la guardia de á pie, y en medio de los azares de aquella batalla, que tan lejos estaba de concluirse, era aquel un recurso que era preciso conservar como de gran precio. Por lo que hace á la izquierda, hacia ya algunos días que el mariscal Ney marchaba al lado de los prusianos, pudiendo llegar antes que ellos, ó dejar que estos llegasen antes al campo de batalla, y ocho ó diez mil hombres que acudiesen allí de pronto debía ser para uno de los dos ejércitos un refuerzo decisivo tal vez. En cuanto á la derecha, el mariscal Davout habia trabado contra la izquierda de los rusos un combate encarnizado, cuyo éxito no se sabia aun.

Inmóvil Napoleon en aquel cementerio á donde se habian ido llevando los cadáveres de gran número de oficiales, mas grave que de costumbre, pero dominando la espresion de su rostro como dominaba su alma, con la guardia detrás, y delante los cazadores, dragones y coraceros que habian vuelto á formar, y estaban prontos á batirse de nuevo, esperaba los sucesos, antes de tomar una determinacion definitiva, porque nunca habian asistido á una accion tan disputada ni él ni sus soldados.

Empero aun no habia llegado el tiempo de las derrotas, y la fortuna, que se mostró rigurosa un momento con aquel hombre extraordinario, lo trataba todavía como á favorito suyo que era. A aquellas horas justificaban la confianza que Napoleon habia puesto en ellos, el general Saint-Hilaire con su division, y el mariscal Davout con su cuerpo. Acogida la referida division, como lo fué el cuerpo de Augereau, y en el mismo instante precisamente, por un horrible fuego de metralla y fusilería, sufrió cruelmente; y cegada tambien por la nieve, no vió que corria hacia ella á galope un cuerpo de caballería en masa, de lo cual resuelto que acometido antes de que pudiera formarse, un batallon del regimiento número 40 de ligeros, fué derribado á los pies de los caballos.

La division de Morand, que componia la estrema izquierda de Davout, descubierta por la desgracia acaecida al batallon del 40 de ligeros, tuvo que retroceder unos doscientos ó trescientos pasos; pero no tardaron Davout y Morand en volver á conducirla hacia delante. En este intermedio, sostenia el general Friant en Klein-Sausgarten una lucha heroica, y secundado por la division de Gudin, ocupaba definitivamente aquella posicion avanzada sobre el flanco de los rusos, llevando su arrojo hasta rechazar unos destacamentos á la aldea de Kuschitten, situada á espaldas del enemigo. Esto sucedia en el momento en que, estando para concluirse el dia, y medio destruido el ejército ruso, parecia que la batalla iba á terminar á favor nuestro.

Pero al fin se realizó lo que Napoleon temia,

pues perseguido á muerte el general Lestocq por el mariscal Ney, se presentó en aquel campo sembrado de cadáveres, con siete ú ocho mil prusianos, ganosos de vengarse del desden con que los miraban los rusos. Como el general Lestocq llevaba al cuerpo del mariscal Ney una hora ó dos de delantera, tenia justamente el tiempo necesario para dar un golpe, antes de que dicho mariscal le alcanzase: desemboca, pues, en el campo de batalla por Sckmoditten, pasa por detrás de la doble línea de los rusos, rota á la sazón por el fuego de nuestros artilleros y el sable de nuestros soldados de á caballo, y se presenta en Kuschitten, frente á la division de Friant, quien habia dejado atras á Klein-Sausgarten, y rechazado la izquierda del enemigo hácia su centro. Ocupaban la aldea de Kuschitten cuatro compañías del regimiento número 108 y el 51, que habia sido agregado de la division de Morand, para que fuese á sostener á la de Friant. Los prusianos, reuniendo á los rusos en derredor suyo, caen con impetu sobre el 51 y las cuatro compañías del 108, y aunque no consiguen romper sus filas, las arrollan hasta mucho mas atras de Kuschitten. Conseguida esta primera ventaja divídense los prusianos mas allá de la referida aldea, á fin de recobrar las posiciones que los rusos habian perdido aquella mañana: para ello mandan desplegar, formando sobre sus alas dos columnas cerradas, las tropas rusas de reserva reunidas, y llevando delante una numerosa artillería. De este modo avanzan atravesando por detras del campo de batalla; para ver de ganar el terreno perdido, y atraer al mariscal Davout hácia Klein-Sausgarten, y desde allí hácia

Serpallen; pero acuden á contenerlos los generales Friant y Gudin, con el mariscal Davout á la cabeza. Toda la division de Friant, y los regimientos números 12, 21 y 25 de la de Gudin, se sitúan delante protegidos por toda la artillería del tercer cuerpo, y en vano quieren los rusos y prusianos derribar aquel obstáculo formidable, pues no lo consiguen. Apoyados los franceses, ya en los bosques, ya en unos pantanos, ya en fin en montecillos, y ora desplegados en línea, ora dispersados en clase de tiradores, oponen una terquedad invencible á aquel último esfuerzo por parte de los coligados, á lo que debemos añadir que el mariscal Davout recorrió las filas, diciendo á sus soldados para contenerlos:—Los cobardes irán á morir á Siberia; pero los valientes morirán aquí como hombres de honor.... El ataque de los prusianos y rusos reunidos se paraliza; el terreno que habian perdido hácia su flanco izquierdo no vuelven á conquistarlo, y el cuerpo del mariscal Davout permanece firme en la posición de Klein-Sausgarten, desde donde amenaza al enemigo por la espalda.

Ambos ejércitos estaban cansados; aquel dia tan oscuro ya iba siendo cada vez mas, debiendo terminar en una noche espantosa, y la matanza era horrible. Cerca de treinta mil rusos muertos ó heridos por los proyectiles ó el sable de los franceses, cubrian el suelo, y muchos de sus soldados empezaban á irse á la desvandada (1). El general Benningsen, rodeado de sus lugar-tenientes, deliberaba sobre si era preciso volver á tomar la ofensiva, y hacer un nuevo esfuerzo; pero de un

(1) Así lo asegura Plotto en su narracion.